

HISTORIADOR EGRESADO de la Universidad Industrial de Santander y candidato a magíster en Literatura por la Universidad de Antioquia. Es autor del libro de cuentos *Toda esa suciedad* (Ediciones UIS, 2019). Como estuvo presente en el tercer concierto de la gala especial de la reinauguración del Teatro Santander, el domingo 28 de abril de 2019, se encontró con los sucesos que aquí relata. Tal nivel de sugestión se llevó el relator en ese evento, que confesó: “Me lo pienso dos veces antes de ir al teatro; en la segunda ocasión en que asistí apareció un murciélago”. Esta es una crónica, en el sentido estricto de la palabra, que ha sido ilustrada por María A. Martínez Wandurraga, maestra en Bellas Artes por la Universidad Industrial de Santander y magíster en Artes Visuales por la Universidad Nacional Autónoma de México.

En el último movimiento (“Allegro con fuoco”) de la *Sinfonía n.º 9*, Op. 95 de Antonín Dvořák, interpretada delicada y extendidamente en el instante por la Orquesta Sinfónica de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, conducida por el maestro Eduardo Carrizosa, como si la metáfora clamase por la sorpresa, en pleno drama epicúreo del sonido una paloma negra, distraída cual bumangués que camina de día por las calles, entró por el ala lateral izquierda del escenario del Teatro Santander y, confundiendo el llamado pomposo de Darth Vader en la banda sonora de *Star Wars* (para cuya “Marcha Imperial” John Willams se inspiró en el austrohúngaro), posó como el más dantesco de los entes terroríficos, en la gloriosa inauguración del renovado y espectacular ícono arquitectónico de la cultura regional.

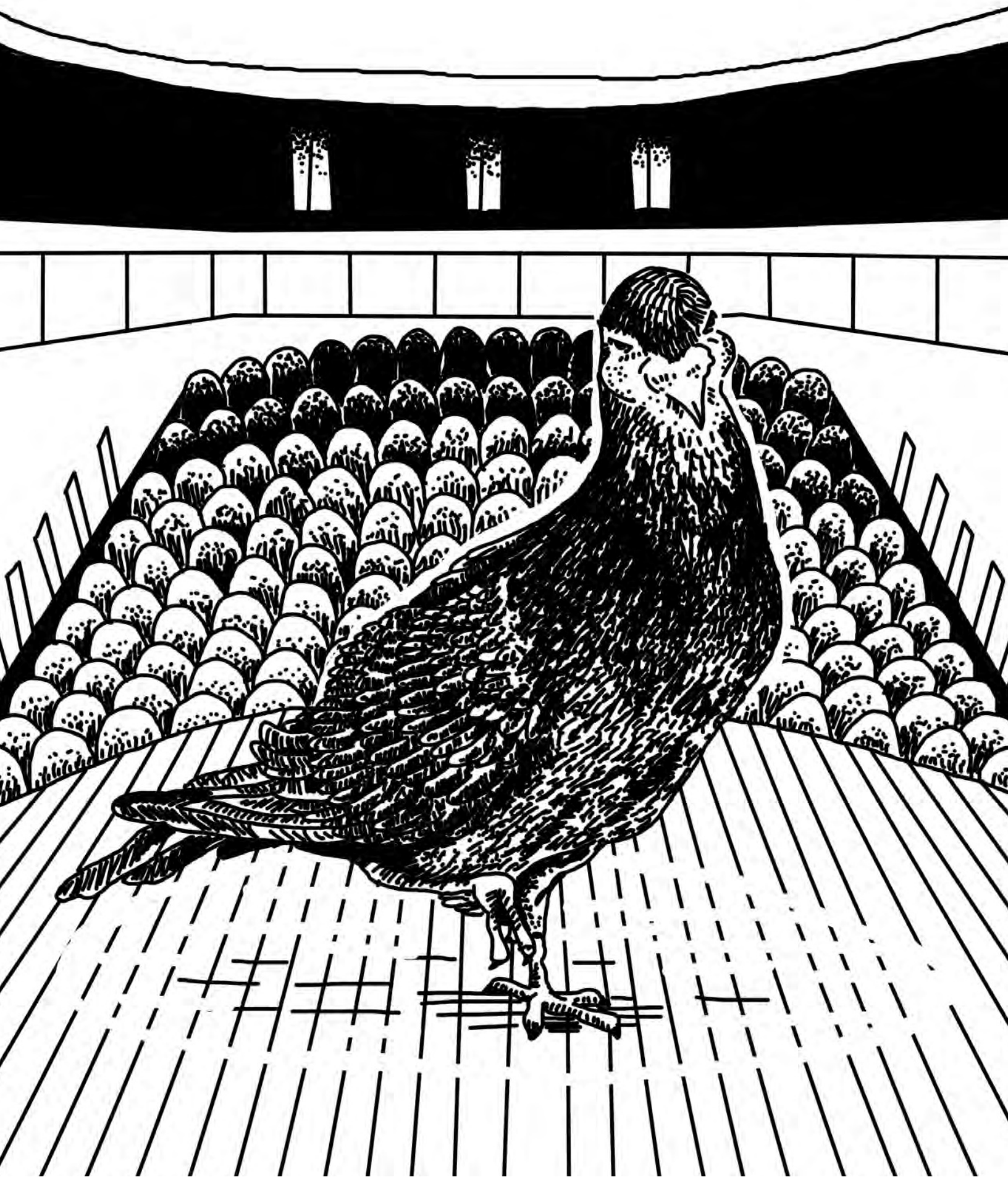
El ejemplar alado caminó galantemente unos dos minutos sobre el escenario, en la prudencia bíblica de la marcha. Lo hizo gozoso, en el llamado de la música, y con el pecho lleno y el protagonismo del terror.

—¿Carajo: cómo entró?! ¿Por dónde se metería? ¡Agárrenla! ¡Mátenla! Es el colmo —se oyó en idioma mudo entre algunos síndicos, preocupados más por la mala imagen del suceso que por la mala fortuna del animal.

—¿Qué hará?, ¿volará? ¿Se cagará sobre el trombonista o sobre un violinista? ¿Se dirigirá hacia el público y se oirá la ola de los gritos? —preguntaron otros, pletóricos, aunque igualmente mudos, en la recepción fidedigna de la escena.

—A lo mínimo, esto es poesía; ¡atentos! —afirmábamos, en el silencio sepulcral, los que concebíamos la súbita aparición como un evento eminentemente bello, digno de la consideración excepcional de los sucesos que suelen empujar a mayúscula la hache de la historia, cuando son la efe poderosa de la ficción.

Pero la paloma se detuvo; no hay signo tan evidente de la presencia del terror que cuando impera la quietud. Por un momento, se detuvo. Su mirada hacia el director de la orquesta, y su cercanía a los intérpretes de arcos en las cuerdas, provocó en la pieza



un frenesí fastuoso, un torbellino de emoción con que la presencia de leyenda descontroló los nervios de los asistentes y, ante la incredulidad, alimentó la coquetería del control sobre el descontrol en los músicos. Por fin la concentración plena en los primeros, y una sonrisa natural en los segundos.

Cuando lo heroico aparecía sobre el temperamento dolorosamente bello del drama, a la paloma le importó la música. En su solemne imprudencia, dio espalda al alboroto.

—¡Es una vergüenza!

—¡Es un escándalo!

—¡Es la gloria!

¿Era Darth Vader encarnado en paloma? En el fragmento del romance sonoro, la plumífera dio una vuelta elegante, moviendo la cola como una interminable falda de gabán, y, ante la tentación de la provocación, se llevó consigo la algarabía, echando a volar para esconderse en una de las ranuras del techo. En la cúspide misteriosa de la incertidumbre, de aquella provocada por los seres que incordian al mundo, en el epílogo dramático de la analogía del dueño del terror, el concierto terminó por fin.

Cabría decirse que la paloma fue absolutamente local: ante la posibilidad de protagonizar una escena horrorífica, con su plumaje negro y la funesta ocasión para aparecer, fue ella, en un eterno ahora, la víctima de la cacería horrenda de la logística del teatro, en cuyos hombros inmediatos reposó el mensaje: “¡La malparida no puede hacer nido en el techo!” Ante la posibilidad de desencadenar una escena cómica, con su grácil movimiento de cabeza y una suerte de ignorancia para admirar, no hubo quien lanzara la primera carcajada. En el silencio, matamos por reír.

Y mientras los imponderables se deslizaron por encima y por debajo de la muchedumbre, en chismeríos que de la entrada

caminante de una paloma negra terminaron en quejumbres, burlas y vejámenes inferidos, compartidos o recibidos entre asistentes, arquitectos, directivos y periodistas que se dieron cita en el célebre evento dominical, la impasible paloma, soterrada ante la ansiosa contención del protocolo y asombrada por la vivencia músico-espectral de la pieza con que vino a aparecer como la folclórica versión emplumada de Lord Vader, allí escondida, en su existencia incorpórea, se preguntará si todavía, ante la clara evidencia de que el territorio que eligió para aparecer no es ni gloria material ni pueblo cohesivo, le corresponderá ser la estética y el cuerpo de eso que parece haber aguardado siempre, y que brota como cándidos mensajes en los momentos cruciales: el eterno terror, bañado de un inevitable humor, detrás de las historias que son, ante todo, la ofrenda de la incomodidad, el desbarajuste, la poesía y la desvergüenza, en los territorios de la vida real.

“Desde mi punto de vista, los Jedi son malvados”, podría haber dicho la paloma, parafraseando el costado irónico del antagonista de *La guerra de las galaxias*.

Su cuerpo, marcado por el destino de lo inerte, penalidad de la rebelión en la altura de una cultura, reaparecerá en la presencia de seres volantes, en el arte de la nocturnidad. Aparecerá como la sombra de una oscuridad que no le pertenece, en cuerpos de murciélagos peludos y cagones, de mariposas de la muerte, hollejudas, y de plumíferos bochornosos que por incógnitas ranuras ingresarán al auditorio y asaltarán la escena. Aparecerá, como los zorros voladores, las brujas negras y las guras, para cumplir con el siguiente mandato:

—¡Poesía bujarrona!, humor de macabro semblante: ¡aparece! ¡Sálvanos! Anduvimos cansados de olvidar momentos inolvidables. *

